

# Las Naciones Unidas en la encrucijada

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO

México ve en las Naciones Unidas el mejor y más elevado foro internacional en el que es posible aspirar a la racionalidad, frente a la presencia avasalladora de lo absurdo. Después del oprobio inaudito de la segunda guerra mundial, es éste el único ámbito en el que pueden plantearse, a la luz de la razón y del derecho, los argumentos para evitar una nueva contienda que muy probablemente sería la última. Representa el único camino para revitalizar la empresa de la civilización.

Si estas palabras nos parecen hoy exageradas, si el dramatismo se nos antoja anacrónico, pensemos que aún no han transcurrido cuarenta años desde el fin de aquella guerra. Pensemos que fue precedida, que de hecho se gestó, en una depresión económica, y que la desesperación que produjo ese retroceso fue mala consejera de pueblos y gobiernos. Recordemos que, antes de lo absurdo y la muerte, vino el deterioro prolongado en la razón y en la vida.

Los síntomas son amenazantes: en los últimos años nos hemos apartado mucho de los preceptos que dieron origen a esta Organización, en gran medida por la actitud de quienes creen poder alcanzar sus objetivos por medio de la fuerza y desconociendo el derecho, sin darse cuenta de que al abandonar los procesos de solución racional de controversias, nos acercamos todos al abismo de la violencia y la anarquía.

No existe hoy región alguna que pueda considerarse a salvo de la crisis. Atestígüenlo así los dramáticos conflictos del Atlántico Sur y Medio Oriente. Algunas áreas del planeta se hallan tremendamente convulsionadas: aquellas donde se impone la arrogancia de los dirigentes a las demandas históricas de sus pueblos. Compartimos la indignación y vergüenza de quienes, frente al genocidio del que otrora fueran víctimas, ahora protestan por un crimen atroz que afronta la especie humana. Al reproducir los peores excesos de la guerra, se ha revivido también su atmósfera de ignominia y su densa carga de presagios fatales.

Vemos con preocupación que se ejercen presiones sobre los miembros de las Naciones Unidas para desviar su voto. El resultado favorable que a veces se alcanza así, exhibe la vulnerabilidad de muchos países. Los mecanismos de negociación, pre-

valecientes en algunas agencias del sistema, hacen dudar que éstas se encuentren al servicio de quienes las crearon o que las anime un auténtico respeto hacia la soberanía de los Estados.

México ha actuado y se ha comprometido siempre con la Organización de las Naciones Unidas, no pensando en que pueda ser el último recurso para evitar la hecatombe, sino en que es el mejor medio a nuestro alcance para detener el proceso previo que puede desembocar en ella.

## LA DISTENSIÓN INTERNACIONAL

Esto hace imprescindible la cabal coincidencia de las dos negociaciones fundamentales que el mundo aguarda, la que habrá de conducir a la distensión entre las dos grandes potencias y la que reorganice las relaciones entre países con distintos niveles de desarrollo.

Este doble conflicto Este-Oeste y Norte-Sur tiene, ahora lo reiteramos, crucificada a la humanidad entera. Sólo por la convergencia de ambas podrá surgir un nuevo orden internacional, en el que se inserte el proceso de descolonización política y el desafío fundamental para la sociedad internacional: la descolonización económica. Mutaciones ambas que dan testimonio de la potencialidad más profunda que posee el ser humano: la de la conquista de su propia dignidad.

La tradición de México, no sólo de apego sino de impulso a los principios de las Naciones Unidas es bien conocida, así como su contribución a esas dos grandes negociaciones. Díganlo si no la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, el Plan Mundial de Energía, el Diálogo de Cancún, el Tratado de Tlatelolco.

Nos hemos empeñado sin desmayo por impulsar la evolución de los instrumentos internacionales que promueven el desarrollo a escala universal y particularmente en América Latina.

Consideramos que la carrera armamentista y el desarrollo guardan una relación competitiva. Ello no sólo por cuanto a la utilización de los recursos disponibles sino en tanto corresponden a enfoques incompatibles; la prepotencia y la desigualdad que conducen a la aniquilación, o la tolerancia y la cooperación que harían viable el progreso de todos. Sabemos que el presupuesto destinado a la asistencia técnica a los países en desarrollo para los próximos cinco años es menor que lo que habrá de gastarse en armamentos en los próximos cinco días.

Todo parece indicar que la economía mundial está sacrifica-

El pasado 1 de octubre, en Nueva York, el presidente José López Portillo pronunció un discurso ante los miembros de la XXXVII Asamblea General de la ONU. Se reproduce aquí el texto de su intervención, excepto dos párrafos introductorios. El título y los subtítulos son de la Redacción.

da a la carrera armamentista. Los grandes centros de poder se arman, aun a costa de sus propios niveles de vida, provocando idéntica reacción en los otros. Pero en esta estrategia arrastran a toda la humanidad, que no quiere armas, sino progreso.

Se crea así un dantesco círculo vicioso: a mayor tensión, mayor preocupación por la seguridad; a mayor inseguridad, mayor gasto bélico; a mayor concentración de recursos por el armamentismo, mayor empobrecimiento y desigualdad social, mayor radicalización política y tensión, y vuelve así a comenzar su ciclo la atávica rueda de la destrucción.

Pueden empecinarse los más fuertes en imponer su voluntad a los demás y en aprovechar la asimetría de poder que los favorece para afianzar su aspiración hegemónica. Pero con ello no lograrán sojuzgar las conciencias, ni sofocar las revoluciones. Sólo atizarán la hoguera que puede, incontrolada, incendiarlo todo.

La inoperancia práctica de los medios de seguridad colectiva se encuentra en la raíz de las controversias armadas. Así, por ejemplo, cuando un país débil se ve ostensiblemente amenazado por una instancia política superior a sus fuerzas y sabe que no puede confiar en la protección de las Naciones Unidas, queda constreñido a la dramática opción entre armamentismo y aniquilación.

Al mismo tiempo, cuando la sociedad internacional es capaz de generar las condiciones mínimas para un progreso generalizado, los pueblos tienen que escoger entre la miseria de la subsistencia abyecta y el camino duro de la revolución. Tal es, en nuestros días, el drama de América Latina. Tal, el horizonte de la mayor parte de las naciones aquí representadas.

En el momento presente, más que un llamado, convendría formular una advertencia: el mundo es rigurosamente interdependiente y ninguna de sus partes puede salvarse si las otras se condenan.

#### UN NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

En la otra gran negociación, encaminada a establecer un nuevo orden económico internacional, México ha colaborado incansablemente y propuso a la comunidad de naciones la elaboración de un documento, de valor jurídico, que contuviera la doctrina y las normas básicas de un nuevo modelo de relaciones internacionales: la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, adoptada por esta Organización hace casi diez años.

Recientemente, México ha demostrado su voluntad de comprometerse en la lucha por la justicia y la convivencia racional, no sólo en problemas globales o conflictos remotos sino en cuestiones que lo tocan muy de cerca y en las que ha asumido riesgos y sacrificios. Así lo atestigua la propuesta, en el auge petrolero, de un Plan Mundial de Energía por parte de un país exportador de hidrocarburos y, sobre todo, la colaboración efectiva, en las buenas y en las malas, con aquellos países que más cerca de nosotros carecen de esos recursos.

Estimo que las ideas e iniciativas que en el plan energético formulamos siguen siendo vigentes y que es posible propiciar una transición ordenada, progresiva, integral y justa entre dos épocas de la humanidad: la actual, que se basa en el consumo predominante de hidrocarburos, y la futura, que habrá de fundarse en el desarrollo prioritario de nuevas fuentes de energía.

Sigue siendo el Plan Energético Mundial un buen método para arribar al nuevo orden económico internacional.

Venezuela y México avanzamos con el ejemplo, al afirmar y renovar, aun en la actual crisis, el Acuerdo de San José para beneficiar a los países de Centroamérica y el Caribe, garantizándoles el suministro de petróleo y creando fondos de crédito blando para su desarrollo. Los 700 millones de dólares dedicados hasta ahora a ese propósito, sólo por México, lo fueron sin condiciones ni discriminaciones y significan suma igual a la que se proyecta por Estados Unidos para la misma región.

Nuestra voluntad de compromiso se muestra también en el esfuerzo por incrementar las posibilidades de solución negociada a los conflictos sociales y políticos de esa misma región, ante los que muchos quisieran que nos sintiéramos amenazados y que, llevados por el miedo, apoyáramos la represión, olvidando que México ya hizo su revolución y, porque sigue profundizándola, no teme al anhelo de justicia de su pueblo. Apoyamos y seguiremos apoyando las causas de la distensión y de las soluciones políticas negociadas, en el respeto a las partes en conflicto.

#### LA REUNIÓN DE CANCÚN

Pero la preocupación y ocupación más constante de México en el ámbito internacional es el tránsito hacia un nuevo orden económico.

Hemos insistido en que toda la gama de las relaciones económicas de los países en desarrollo y del mundo industrializado tiene que ser transformada. Esas relaciones han estado en el orden del día de un gran número de conferencias internacionales, pero los avances fueron poco alentadores. Por ello pensamos en convocar a una reunión en la cumbre de los principales países industrializados y de un número representativo de naciones en vías de desarrollo. La idea era que los jefes de Estado y de gobierno, más que negociar tema por tema, manifestaran su decidida voluntad política de dar un salto cualitativo en las negociaciones estancadas, al reconocer la necesidad de buscar ese nuevo orden indispensable.

Durante más de un año y medio Austria y México se esforzaron en que la Cumbre de Cancún tuviera lugar. Veíamos cómo, en la medida en que se empantanaba día con día el proceso previo al inicio de la Ronda de Negociaciones Globales, adquiría mayor importancia la reunión de jefes de Estado. Advertíamos que los signos de la desactivación económica mundial se tornaban más azarosos. Muchos países fincaron sus esperanzas en Cancún, no porque de allí fueran a salir las soluciones, sino porque sólo de ahí podría emanar el impulso político necesario para echar a andar un proceso detenido.

Hace ya cerca de un año se llevó a cabo la reunión, con la presencia de 22 jefes de Estado y de gobierno o sus representantes.

Buscamos sustituir los prejuicios por el juicio, transformar el monólogo en diálogo, la subordinación en solidaridad, de manera abierta y sin exclusivismos. Se expusieron así los diversos puntos de vista en torno a nuestra realidad contemporánea.

Muchos planteamos allí que, por falta de armonía, el mundo en que vivimos es cada vez más peligroso para los países ricos, e implacable y cruel con los países pobres. Sostuvimos que el progreso de todos debe ser condición para el progreso de cada uno.

Se enfatizó la tragedia del hambre y se habló de estrategias para producir más alimentos y distribuirlos mejor. Se planteó la posibilidad de organizar un intercambio comercial equitativo y compensado, de materias primas y bienes industrializados. Se trataron, más que los precios y mercado de los hidrocarburos, las formas de ordenar la explotación y consumo de energéticos y de aliviar la carga de la cuenta del petróleo a los países en desarrollo.

Se plantearon en Cancún trágicas paradojas que no se han podido resolver: recesión en los países del Norte, entre otras cosas por falta de mercado para los bienes que el Sur necesita pero no puede comprar por falta de financiamiento; fondos líquidos de países del Sur que se colocan en los del Norte para ser prestados a otros del Sur; persistencia e incluso agravamiento de prácticas monetarias y financieras que han probado sobradamente su insuficiencia e ineficacia, tanto en el Sur como en el Norte.

Frente a estas paradojas sostuvimos que el financiamiento del desarrollo compartido de los países pobres y ricos era lo racional y el único camino posible para lograr la salud de la economía mundial.

Reconocimos, y lo reiteramos hoy, que muchos de los problemas del Sur son imputables al Sur, pero también que otros muy graves limitantes se derivan de la relación con el Norte. Hoy advertimos que la posibilidad de que estos últimos resulten fatales para la economía mundial, se ha aproximado aceleradamente desde que nos reunimos en Cancún.

#### LA CRISIS ECONÓMICA INTERNACIONAL

Mucho han cambiado las cosas desde entonces. Jamás en los últimos años habíamos presenciado tanta hostilidad, beligerancia retórica e incompreensión entre las grandes potencias. En 1982, el mundo presenció el estallido o agudización de muchos conflictos armados abiertos. Conflictos irracionales todos ellos y que deben preocuparnos tanto por su existencia como por la relativa facilidad con que están ocurriendo.

Pero lo que a más países afecta e inspira la mayor preocupación es el gravísimo deterioro de la economía internacional, particularmente en los países pobres, donde viven las tres cuartas partes de la humanidad y en donde las consecuencias de las crisis se sufren en una proporción que adquiere dimensiones trágicas.

Ingresos cada vez más reducidos, derivados del castigo brutal a los precios de las materias primas, por una parte, y tasas de interés más altas y plazos cada vez más cortos, por la otra, conforman las dos hojas de una tijera que amenaza cortar el impulso logrado por algunos países y cancelar las posibilidades de progreso de los más.

De hecho, es generalmente reconocido que el mundo vive hoy la peor crisis económica desde la Gran Depresión. Los índices de crecimiento, tanto en los países industrializados como en el mundo en desarrollo, se encuentran en sus niveles más bajos en los últimos decenios. El desempleo abierto, endémico en los países pobres, se hace también masivo ya en las grandes potencias. Hombres y mujeres que tenían trabajo lo están perdiendo en el mundo entero. La reducción de la inflación en ciertos países, con grandes sacrificios en el empleo, no implica que este

problema esté superado. El alza brutal de las tasas de interés en los últimos tres años no sólo ha creado una carga insostenible para las naciones endeudadas; ha desatado además fenómenos incontrolables y de magnitudes inesperadas en materia de especulación y de fuga de capitales.

Los hechos acaecidos durante los últimos años confirman sobradamente la necesidad de atacar el problema energético en su conjunto y en relación estrecha con los demás campos de la economía internacional. El mercado petrolero pasó abruptamente de ser un mercado de vendedores a uno de compradores y se creó un exceso de oferta que ha vuelto a disminuir los precios y a desalentar los esfuerzos en favor de la transición energética.

El desorden se ha tornado en contra de los países productores de petróleo, pero ello no constituye una victoria para nadie, sino un nuevo factor de la crisis. El descenso en la disponibilidad de recursos financieros que produjo la disminución de los precios del petróleo, nos ha llevado, de una crisis energética, que no fue resuelta, a una crisis financiera, que profundiza la recesión y amenaza la estabilidad del sistema monetario internacional.

Ante este panorama, surgen espectros que, si las cosas siguen su rumbo actual, pueden seriamente amenazar al mundo. El más peligroso es el del estallido de las presiones sociales creadas por el desajuste económico. Conviene recordarlo: los países en desarrollo no disponen de los supuestos sistemas de protección social y de regulación anticrisis que la amortiguan en el mundo desarrollado. No tenemos, porque no podemos pagarlos, seguro contra el desempleo o programas extensos de asistencia pública.

Un segundo espectro, que se asoma ya con peligrosa cercanía, es la crisis del comercio mundial, tanto de básicos como de bienes industriales, entre el Norte y el Sur y entre el Norte y el Norte. Todos queremos exportar más para resolver nuestros problemas, y todos queremos importar menos para evitar sangrías de divisas y de mercados. Pero cuando el mundo entero está en recesión aguda, lo único exportable es la crisis misma. Si la recesión en países industrializados sigue abatiendo los precios de las materias primas y restringiendo la entrada a las exportaciones de manufacturas procedentes del Sur, se agudizarán nuestros problemas y los suyos.

El saldo comercial positivo del conjunto de los países industriales se ha convertido en la característica central del orden económico internacional, con la salvedad, por menos de una década, de saldos positivos en algunos países exportadores de petróleo. Por lógica inexorable, la gran mayoría de los países en desarrollo tienen un saldo comercial negativo.

El mantener el flujo de comercio en estas condiciones implica necesariamente el surgimiento de corrientes crediticias que permitan el pago de mercancías y servicios a los países industriales. El monto de ese crédito, si se quiere sostener el crecimiento de los países del Sur y mantener el empleo en los países del Norte, debe ir en aumento. Más aún si el costo de la deuda acumulada se incrementa, vía las tasas de interés.

La reducción de las disponibilidades de crédito para los países en desarrollo tiene serias consecuencias no sólo para ellos sino para la producción y el empleo de los países in-

dustriales. No sigamos en este círculo vicioso, podría ser el principio de un nuevo oscurantismo medieval sin posibilidad de renacimiento.

Se conforma así una tercera amenaza. Me refiero al grave problema de la desarticulación del sistema financiero internacional. Como es por todos sabido, en tiempos recientes varios países muy endeudados, entre ellos México, se han visto obligados a iniciar un proceso de renegociación de su deuda externa.

Es una paradoja que mueve a reflexión el hecho de que ahora critiquen el crecimiento de muchos países del Sur quienes les prestaron con ese fin, y ahora regatean el crédito para continuarlo, cuando sólo el crecimiento nos permitía pagarles y comprarles.

Hoy México y muchos otros países del Tercer Mundo no podríamos pagar conforme a plazos pactados en condiciones distintas a las que ahora privan.

A nadie le conviene y nadie quiere suspender pagos, pero el que esto suceda o no, rebasa el ámbito de responsabilidad de los deudores. Se requieren seriedad, criterio y realismo negociador de todos. El sistema financiero internacional lo componen varias partes: los que prestan, los que se endeudan y los que avalan, y está vinculado con los que producen y los que consumen; con los que compran y los que venden. La responsabilidad es de todos y por todos debe ser asumida. Situaciones comunes producen posiciones semejantes, sin necesidad de conspiraciones o de intrigas. Los países en desarrollo no queremos ser avasallados. No podemos paralizar nuestras economías, ni hundir a nuestros pueblos en una mayor miseria para pagar una deuda cuyo servicio se triplicó sin nuestra participación ni responsabilidad y cuyas condiciones nos son impuestas. Los países del Sur estamos a punto de quedarnos sin fichas, y si no pudiésemos continuar en el juego, éste terminaría en una derrota general.

Quiero ser enfático: los países del Sur no hemos pecado contra la economía mundial. Nuestros esfuerzos por crecer para vencer hambre, enfermedad, ignorancia y dependencia, no han causado la crisis internacional. Más cerca de ello está la decisión armamentista, vencer la fuerza con la fuerza, arrastrando a ese ilógico propósito, directa o indirectamente, a todas las economías.

Pero podemos superar la crisis. El lapso requerido será más corto si contamos con el apoyo racional de la comunidad financiera internacional y no con la reticencia o el castigo por pecados que no cometimos.

Dicho apoyo redundará en beneficio de acreedores y deudores, pues formamos parte de un solo mundo donde si el problema es de todos, la solución somos todos. Necesitamos divisas para pagar y para comprar. A nuestra contraparte le conviene también comprar para poder cobrar y vender. Esa es la relación saludable que a todos conviene. Así de simple.

#### EL CASO DE MÉXICO

**E**l de México es un caso muy ilustrativo de los diversos problemas del Norte con el Sur, por su doble condición del país limítrofe en su nivel de desarrollo y en su posición geográfica, así como por las expectativas internas e internacionales de sus recursos petroleros.

Llevamos a cabo durante los últimos años un gran esfuerzo planeado para atender las necesidades de nuestra población mediante el desarrollo de su gran potencial productivo, en complementación con las necesidades de la economía internacional y con un importante apoyo financiero del exterior. En cuatro años crecimos a más de 8% anual; duplicamos nuestra planta industrial; pasamos de ser del decimotercero país petrolero, al cuarto; triplicamos en ese lapso nuestra producción de hidrocarburos, y enfrentamos la inaplazable tarea del desarrollo social intensivo, generando más de cuatro millones de empleos para las nuevas generaciones y absorbiendo el rezago existente.

El mayor crecimiento de nuestra historia se vio dramáticamente interrumpido en 1981. Nuestros planes programados y presupuestados con cuatro años sucesivos de ejercicio se vieron bruscamente desfinanciados, con la baja de las materias primas, incluido el petróleo, y el aumento de las tasas de interés de la deuda externa, ya contratada, que triplicó el costo de su servicio. Una secuencia siniestra de inflación, devaluaciones, alzas de precios y de salarios, frenó nuestro auge. La fuga de capitales fue en tan sólo tres años, dos veces superior a la inversión extranjera existente en nuestro país. Así, por la vía del sistema financiero y libre cambio, especialmente propiciado por nuestra vecindad con el país más rico del mundo, se vaciaron nuestras reservas. Se dice pronto, pero es una realidad punzante para 70 millones de mexicanos que empezaban a vislumbrar mejores épocas.

Nuestras cuestiones, nuestro ser, hacer y tener, se han deformado en los medios de comunicación. Se nos ha hecho aparecer a los ojos del mundo como un pueblo incapaz de estructurar su destino, incompetente para administrar sus recursos, por lo que la alternativa debía ser la subordinación a las tercas ambiciones de las prepotencias. Los países en desarrollo como México hemos sufrido incontables experiencias como éstas. Muchos de nuestros problemas se agravan con la provocación de informaciones que por sí mismas causan los resultados que anuncian.

Después de grandes esfuerzos correctivos en materia económica, mi gobierno decidió atacar el mal por su raíz y extirparlo de una buena vez. Era obvio que existía una inconsistencia entre las políticas internas de desarrollo y una estructura financiera internacional errática y restrictiva.

Era irreconciliable una política de crecimiento razonable con una libertad especulativa de cambios. Por eso establecimos el control de divisas.

Dicho control sólo puede funcionar, dada nuestra frontera de 3 000 kilómetros con Estados Unidos, mediante un sistema bancario que siga las políticas del país y de su gobierno y no de sus propios intereses especulativos y los vaivenes del caos financiero internacional. Por eso nacionalizamos la banca.

Hemos sido un ejemplo vivo de lo que ocurre cuando esa masa enorme, volátil y especulativa de capitales recorre el mundo en busca de altas tasas de interés, paraísos fiscales y su puesta estabilidad política y cambiaria. Descapitalizan a países enteros y causan estragos en su camino. El mundo debe ser capaz de controlarlos; es inconcebible que no podamos hallar la fórmula que, sin coartar tránsitos y flujos necesarios, permita regular un fenómeno que daña a todos. Se hace imprescindible

que el nuevo orden económico internacional establezca un vínculo entre el refinanciamiento del desarrollo de los países que sufren fuga de capital y los capitales que se fugaron. Si quiera migajas de su propio pan.

Frente a estas dramáticas realidades, nos predicamos liberalismos económicos a ultranza que no se aplican ni en los países que han asumido su defensa apasionada. El peligro de la desnacionalización ha conducido, por el contrario, a muchos gobiernos —entre ellos el mío— a profundizar sus reformas económicas y a fortalecer el papel de los estados como rectores de las economías nacionales. Son casos de legítima defensa.

#### LAS PERSPECTIVAS

México está abierto a la negociación en todos los campos y en todos los foros. Tenemos recursos, tradición e historia para ahondar en el surco trazado por nuestra revolución social y popular. Estamos ciertos de que nuestra suerte, como país de frontera entre el Norte y el Sur, importa no sólo a los mexicanos sino a todos los pueblos en desarrollo. A todos ellos puedo decirles que habremos de mantenernos de pie y solidarios, hoy y siempre, dignos con nuestras comunes luchas y esperanzas.

Nunca como ahora ha tenido mayor validez el principio de la soberanía sobre los recursos naturales y sobre los procesos económicos. Los términos de las viciadas relaciones que padecemos podrían conducir a la disolución de las propias soberanías. La injerencia de las corporaciones transnacionales, la concentración creciente de los medios financieros, la supeditación de los sistemas bancarios a las grandes metrópolis, las expatriaciones masivas de capital y la imitación de modelos ajenos de desarrollo, ponen en riesgo la existencia misma de los estados nacionales.

Si bien se han roto los vínculos formales de la dependencia, perdura, y aun se ha reforzado, el esquema de dominación en que se asentaba el régimen colonial. La concentración de la riqueza y del poder van en aumento a medida que vastas regiones del planeta continúan pauperizándose. Los mecanismos de cooperación internacional que hemos imaginado sirven en la coyuntura para tranquilizar algunas buenas conciencias, pero han sido radicalmente incapaces para resolver los graves problemas cotidianos, cuyas dimensiones son estructurales.

Las denuncias de los países del Sur a ese respecto fueron ciertas y visionarias. Al proponer un nuevo orden pretendíamos una profunda reforma institucional capaz de rencauzar las relaciones económicas internacionales. Hubiéramos querido evitar el enorme deterioro de los últimos años y amortiguar la crisis. Pero nunca es demasiado tarde.

Históricamente, las grandes transformaciones suelen ocurrir cuando no queda ya otro camino para avanzar. De ahí la distancia que separa a los profetas de los revolucionarios. A grandes males, grandes remedios.

Debe hacerse una revisión juiciosa y comprometida de las relaciones económicas internacionales. No emprendamos la caza de culpables, sino la búsqueda de los responsables del futuro. Dilucidar el origen último de nuestros males es tarea de historiadores, no de gobernantes.

Emprender ese enorme esfuerzo de integración política y económica exige un cambio de actitud. Hasta ahora ha predo-

minado el maniqueísmo ideológico, del que se nutren las prepotencias hegemónicas.

Se ha asumido la tendencia a imponer los mismos esquemas del pasado. En tensa relación dialéctica se han enfrentado, sin resolverse todavía, las doctrinas y las estrategias del cambio con los intereses establecidos, la vocación conciliatoria y los instintos conservadores de imperios sin ocaso. Por ello, las negociaciones económicas globales deben ser la instancia que permita conciliar estos opuestos en fórmulas acordes con las necesidades del presente. Su convocatoria es urgente. Su celebración inaplazable.

Tampoco puede ser esgrimida como tesis para retrasar el diálogo, la pretendida querrela entre las agencias especializadas del sistema y la soberanía de esta Asamblea. Todas las dependencias de las Naciones Unidas han sido creadas por nuestra decisión soberana; todas poseen un marco jurídico que las regula, y son respetables.

La justificación de estos órganos internacionales no se da en la persistencia de desigualdades indesables, sino en la búsqueda de soluciones racionales a las cuestiones cruciales de nuestro tiempo: el desarme, la seguridad colectiva y el desarrollo.

Señor Presidente:

La Organización de las Naciones Unidas y las naciones que la integran están en la encrucijada. No hay otro foro; tenemos el que merecemos. Si no sabemos utilizarlo para salir de la crisis y establecer un orden, no sólo más justo sino sobre todo más acorde con su tiempo, no habrá otra oportunidad; las negociaciones globales deben comenzar de inmediato, con seriedad y voluntad de llegar a acuerdos. La paz y seguridad mundiales están hoy más amenazadas que nunca. Debemos salvarlas cueste lo que cueste. La alternativa es peor que cualquier solución, que cualquier concesión. No podemos fracasar. Hay lugar al tremendismo. Está en juego no sólo el legado de la civilización, sino la sobrevivencia misma de nuestros hijos, de las futuras generaciones, de la especie humana.

Hagamos posible lo razonable. Recordemos las trágicas condiciones en las que creamos esta Organización y las esperanzas en ella depositadas.

El lugar es aquí y el tiempo ahora. Que los enfrentamientos lógicos del pluralismo; que los desahogos explicables de la disidencia, complicada por la pasión de la impotencia; que los retardos obligados de las negociaciones, no inhabiliten el supremo bien que las Naciones Unidas significan.

No nos resignemos a que sea instancia estorbosa de trámites formales, mientras afuera se presiona para satisfacer egoísmos o intereses que no soportan la prueba de la generalización jurídica.

Esta unión la constituimos todos nosotros. Es tan fuerte como queramos hacerla; particularmente quienes tienen la fuerza real, y por ello, la responsabilidad definitiva. No hemos creado nada mejor, ni más eficiente. Una y otra vez repetiré lo que aquí he dicho. Tiempos son éstos de definir si la humanidad pertenece a los poderosos, o los poderosos a la humanidad. Nunca como ahora es esto más cierto. Aquí se sabrá y lo atestiguarán los siglos. □